

momento, con especial esmero. Entre ellos aparecen no sólo los que figuran en la historia universal (pérdida de Estados Pontificios, Vaticano I, Kulturkampf, los pactos de Letrán, las dos Guerras Mundiales, Pío XII y los hebreos, etc.), sino también los que atañen a la vida interna de la Iglesia (el Syllabus, la masonería, los estudios eclesiásticos, el modernismo, la devoción al Sagrado Corazón y a Cristo Rey, los sacerdotes obreros, la Acción Católica, etc.).

Los últimos capítulos resultan especialmente interesantes por su inmediatez cronológica. Juan XXIII despierta simpatías por sí mismo. No es el caso de Pablo VI. El autor conoce y admira su figura (ahí está su libro *Pablo VI y España*) y realza sus méritos como pastor y maestro en una Iglesia dividida. El capítulo dedicado al Vaticano II ofrece, más que el contenido sistemático de los decretos, el desarrollo histórico de los debates y la personalidad de los principales protagonistas. El capítulo sobre la crisis postconciliar comienza con una narración muy lograda de las disensiones internas surgidas en la Iglesia entre conservadores y reformistas. Entre los aspectos más negativos de la crisis se alude al espíritu de contestación general, el disenso y la defección en las filas clericales y la caída de las vocaciones. Y en el otro extremo se recuerda el cisma de Lefebvre. El pontificado de Juan Pablo II se resume en sus logros más acertados (viajes, ecumenismo, ostpolitik, exaltación de mártires, magisterio), con un balance muy positivo, sin ocultar la discrepancia de opiniones. En el apartado dedicado al apostolado de los seglares se hace un amplio elogio al beato José María Escrivá y a su obra, el Opus Dei (pp. 670-675) y a continuación se mencionan los principales movimientos y comunidades eclesiales.

Una obra de síntesis impone limitaciones temáticas, como reconoce el propio autor, que le han obligado a una selección de la materia (pp. 9 y 12). Pero ha logrado las ventajas de una síntesis excelente. Gracias a ello tenemos una nueva y buena historia de la Iglesia.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

VICENTE CÁRCEL ORTÍ, *La gran persecución. España, 1931-1939*, Planeta, Barcelona 2000, 370 pp., ISB: 84-08-03519-3.

Hace varios años que el autor se ha ocupado de la persecución religiosa en España, en varios estudios y monografías que han tenido muy buena acogida del público: *La persecución religiosa en España durante la segunda República (1931-1939)*, Rialp, 1990; *Mártires españoles del siglo xx*, BAC, 1995; *Mártires valencianos del siglo xx*, Edicep, 1998, y *Buio sull'altare, 1931-1939: la persecuzione della Chiesa in Spagna*, Città Nuova, Roma 1999. El recuerdo de los mártires del siglo xx, que el Papa ha fomentado en la celebración del jubileo, y las beatificaciones y canonizaciones de muchos mártires españoles han reavivado la memoria histórica de los testigos de la fe, y al mismo tiempo han suscitado algunas discusiones sobre la oportunidad de continuar los procesos de la elevación a los altares de estos mártires. En este contexto estos libros de Cárcel son actuales, claros, valientes y polémicos. En la introducción del libro que presentamos se afirma que en España hubo una auténtica persecución religiosa desde 1931, que culminó en el holocausto de 1936, y que ha llegado el momento de acabar con un obstinado silencio.

El autor ha escrito su libro pensando en el gran público. Estilo sencillo, ideas rotundas, selección de datos o sucesos que golpean la sensibilidad. La materia se ofrece desmenuzada en 80 capítulos breves, de tres o cuatro páginas cada uno, con enunciados claros, seguidos de citas textuales que resumen el contenido. Todos los títulos enlazan entre sí, de manera que leyéndolos de seguido se explica perfectamente el argumento de la obra.

Los numerosos capítulos se distribuyen, sin embargo, en cinco partes orgánicas. La primera parte se ocupa de la persecución antes de la guerra, desde 1931 hasta 1936. Trata de demostrar que «la República fue esencialmente anticlerical y anticristiana», y para probarlo se recuerda la legislación sectaria y una cadena de excesos, que culminan en la revolución comunista de Asturias de 1934 en la que, antes de la guerra, fueron asesinados, entre otros eclesiásticos, los hermanos de la Salle de Turón.

La segunda parte narra el holocausto durante la guerra, 1936-1939. Se ofrecen datos cuantitativos y cualitativos de la tragedia, que se concentró principalmente en el verano y otoño de 1936. El escueto memorándum del ministro católico vasco Irujo es el mejor argumento para demostrar la intensidad de aquella persecución total. No menos impresionante es el informe del embajador francés Labonne. Se explica también el sentido de la carta colectiva del episcopado español (1 de julio de 1937). Aunque se señalan sus limitaciones (p. 132), se la considera valiente y polémica. La persecución amainó en 1937 y 1938, pero los asesinatos continuaron. La libertad de cultos, de la que entonces alardeaba el gobierno republicano, era una farsa, mientras se mantenía la Iglesia clandestina.

La parte tercera es la más interesante, pues se ocupa de los «¡casi diez mil mártires!». Se hace de ellos una valoración global y se resumen algunas características de las vejaciones o martirios. El autor defiende ante todo el carácter de auténticos mártires, ya que fueron sacrificados por su condición de creyentes. Aquella fue la mayor persecución religiosa de la historia. Tras hacer un análisis de datos, sigue luego un relato estremecedor. Se han escogido, entre los sucesos martiriales, aquellos que producen mayor impacto: las torturas a mujeres, monjas, casadas o solteras (la anciana Teresa Ferragut, fusilada después de sus cuatro hijas monjas), y los asesinatos masivos de grupos de jóvenes religiosos estudiantes, sin más delito que pertenecer a una comunidad donde se preparaban para ser sacerdotes misioneros (pasionistas, hospitalarios, claretianos, escolapios, agustinos recoletos).

La parte cuarta entra de lleno en las polémicas suscitadas por las recientes beatificaciones. Se ha objetado, contra la proclamación de los mártires, que la represión religiosa se confundía con la represión política, que la Iglesia pagaba sus culpas por haberse aliado con un bando, que las beatificaciones abrían heridas y retardaban la reconciliación, y por último, que la Iglesia debía pedir perdón por su actitud durante la guerra y su alianza con los vencedores. El autor responde de modo contundente a estas objeciones. Hoy nos habría gustado que las cosas no hubieran sucedido como sucedieron, pero no podemos juzgar los acontecimientos de entonces con los criterios de ahora, sin tener en cuenta las circunstancias históricas que entonces se dieron. Lo contrario sería un anacronismo histórico. Cárcel insiste —como todos los autores solventes— en la magnitud y tragedia de aquella persecución religiosa, premeditada, cruel, inhumana y anticristiana. La Iglesia se mostró, ciertamente, belige-

rante, en la carta colectiva de los obispos, porque no tuvo más remedio, dado el plan de exterminio sistemático que se había organizado contra las cosas y personas vinculadas a la Iglesia. Por mucho que quieren conectarse esas muertes con la guerra civil, es evidente que hubo auténticos mártires, testigos de fe, amor y perdón, a los que la Iglesia no puede echar en el olvido. Y en cuanto al perdón, la Iglesia ya ha pedido perdón por sus deficiencias, complicidades y silencios (en documentos de 1971, 1972, 1973), pero no tiene que pedir perdón porque Franco la salvó de la persecución, o por no haber apoyado a una República que trataba de aniquilarla. En el capítulo 72 (pp. 312-318) se transcriben varios testimonios a favor o en contra del perdón, entre los que destaca, por su buen criterio, el de Álvarez Bolado.

La quinta y última parte sirve de colofón a todo el libro. Habla el autor del sentido ideológico de las guerras del siglo xx, y del carácter anticristiano de nazis y comunistas. Eran guerras que inevitablemente conducían a una persecución del cristianismo. Se exponen a continuación las enseñanzas de Juan Pablo II sobre los mártires en general, y una preciosa antología de los elogios que ha hecho a algunos de nuestros mártires. Hasta el momento el Papa ha canonizado a diez y beatificado a 229. En total han sido 239 los elevados por ahora al honor de los altares, gentes de toda condición, desde el obispo Polanco hasta el gitano Ceferino. Otros muchos mártires tienen los procesos abiertos y no tardarán ser declarados santos o beatos. El autor recuerda, entre éstos, a un primer grupo de 74 mártires de su tierra valenciana, 37 seglares y 37 sacerdotes, de los que se ha hecho una *Positio* individualizada que demuestra el rigor con que se procede. La puerta que muchos quisieran ver cerrada sigue, por tanto, abierta.

Con este libro Cárcel ha tributado a los mártires el honor que se merecen y ha defendido, una vez más, la verdad histórica frente a las tergiversaciones y falsedades que han aparecido en algunos medios de comunicación e incluso en publicaciones de apariencia científica. El autor insiste en marcar las diferencias entre la persecución religiosa y la represión política. Afirma, oportunamente, que la represión política fue brutal en ambos bandos (p. 357); y que en ningún caso se han de confundir los testigos de la fe con otras personas que murieron en el frente o en la represión, pues no hay que confundir lo religioso con lo político o lo social. Así debe ser. Sin embargo, aquella mezcolanza se dio de hecho en la mentalidad de los ejecutores y promotores de la gran persecución. La siembra anticlerical había sido tan intensa en ellos, que muy a menudo los perseguidores identificaron, todo lo injustamente que se quiera, a los representantes más genuinos de la Iglesia con los sectores políticos y sociales que aborrecían. Aun así, incluso en el supuesto de que se fundieran motivaciones persecutorias dispares, los sacrificados por causa de la fe no dejan de ser unos auténticos mártires cristianos.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

ALFONSO CAPITÁN DÍAZ, *La educación en la Primera República española (1873)*, Valencia, NAU llibres, 1997, 191 pp., ISBN 84-7642-493-0.

La Historia de la Educación es un campo todavía por explorar y donde las contribuciones son bastante escasas, destacando los trabajos de Manuel de Puellés